

LA TRILOGÍA DE LA IMAGEN HISTÓRICA DEL MAESTRO ANDRAGÓGO

THE TRILOGY OF HISTORICAL IMAGE OF THE MASTER ANDRAGOGO

Recepción: 3/01/2015
Evaluación: 24/01/2015
Aceptación: 02/02/2015

*Luis E. García Vivas*¹
Universidad Bicentennial de Aragua

RESUMEN

La imagen del maestro ha cambiado a lo largo de la historia, pero, lo importante es saber que ha sido revalorizado como persona, como ser humano realizado, que evoca una larga y antigua historia de los conceptos de maestro. *Para captar su realismo, se parte de un triple planteamiento pedagógico, considerando qué es el ser humano (antropológicamente), qué debe ser (teleológicamente), y cómo el maestro y el educador pueden contribuir (metodológicamente) a que el hombre llegue a ser lo que debe ser.*

La variedad histórica de las imágenes del maestro se puede remontar a tres grandes modelos, que según Pestalozzi, el ser humano puede ser considerado como obra de la naturaleza, como obra de la sociedad o como obra de sí mismo, en concordancia, el maestro se define, respectivamente, como auxiliar de la naturaleza, como agente de la sociedad o como representante de una humanidad realizada, como persona. Como auxiliar de la naturaleza, la tarea del maestro debe partir de una antropología naturalista, la educación y el desarrollo se equiparan o se relacionan mutuamente. Como agente de la sociedad, lo muestra como abogado de exigencias supraindividuales, quedando en primer plano las exigencias y necesidades de la sociedad. Finalmente, la rehabilitación del maestro como persona, como humanidad realizada.

En consecuencia, la figura del maestro es importante, no por su personalidad, sino como persona humana única e irrepetible, un especialista científicamente culto y preparado intelectualmente que, a través de la científicación, no pierda la dimensión personal sin la cual no puede existir educación y escuela humana. La andragogía como estudiosa de la educación formadora del adulto, juega un papel importante en el desarrollo integral del maestro y en los grandes adelantos de la sociedad, sin olvidar que la educación es el desarrollo natural, progresivo y sistemático de todas las facultades del ser humano.

Palabras clave: maestro, humanidad, científicación, andragogía.

¹ Doctorando en Ciencias de la Educación. Magíster en Gerencia de Empresas Mención Mercadeo, de la Universidad Experimental del Táchira, UNET. Actualmente es docente de la Universidad Bicentennial de Aragua. Correo electrónico: legarciavivas@hotmail.com

ABSTRACT

The image of the teacher has changed throughout history, but the important thing is to know who she has been appreciated as a person, as a human being carried out, evoking a long and ancient history of the concepts of master. To capture its realism, it is part of a triple pedagogical approach, considering what humans (anthropologically), what should be (teleological), and how the teacher and the teacher can contribute (methodologically) that man becomes what it should be.

The historical range of the master images can be traced to three major models, according to Pestalozzi, the human being can be considered as a work of nature, like the work of society or work itself, accordingly, the teacher defined respectively as auxiliary nature as society agent or representative of a fulfilled humanity, as a person. As auxiliary nature, the teacher's task must start from a naturalistic anthropology, and development education equate or relate to each other. As an agent of society, shown as attorney supraindividual demands, being in the foreground the demands and needs of society. Finally, the rehabilitation of the teacher as a person, as a fulfilled humanity.

Consequently, the figure of the teacher is important not because of his personality, but as unique and unrepeatable human person, a specialist scientifically educated and intellectually prepared, which through scientization not lose the personal dimension without which there can be no education and human school. Andragogy as a student of forming adult education plays an important role in the development of the master and the great progress of society, bearing in mind that education is the natural, gradual and systematic development of all human faculties.

Keywords: teacher, humanity, scientification, andragogía.

INTRODUCCIÓN

Es corriente en la literatura pedagógica internacional referida al maestro, reprimir la dimensión histórica y la comparativa del mismo, para beneficiar el análisis científico-social, en vez de recordar toda la profundidad de la historia y la gama entera de comparación de ideas y actividades pedagógicas. Frecuentemente, se justifica esto señalando que para el maestro actual es útil y relevante en la praxis, estar informado

sobre las exigencias de su comportamiento profesional, sobre las condiciones de su efectividad y sobre las relaciones causales del binomio maestro-estudiante. No se pretende cuestionar la importancia de tal imagen realista, pero es necesario precisar: una limitación de la pedagogía del maestro, al análisis del mero perfil científico-social, no solo conduce a un desmoronamiento de

la tradición, sino significa una sospechosa reducción de la perspectiva pedagógica.

La imagen del maestro ha experimentado cambios históricos, captando su realismo mediante un triple planteamiento pedagógico, considerando qué es el ser humano, qué debe ser y cómo el maestro puede contribuir a que llegue a ser lo que debe ser. Desde este triple planteamiento, la variación histórica de la imagen del maestro se puede clasificar en tres grandes modelos, los cuales se corresponden con tres “antropologías” claramente diferenciables.

Según Johann Pestalozzi, el ser humano puede ser considerado como obra de la naturaleza, como obra de la sociedad o como obra de sí mismo, en concordancia, el maestro se define, respectivamente, como auxiliar de la naturaleza, como agente de la sociedad o como representante de una humanidad realizada, es decir, como persona. Estas “imágenes” del maestro cuentan con una extensa y rica tradición histórica, la cual, se intenta esbozar en este artículo con unos pocos rasgos de la misma.

Como auxiliar de la naturaleza

La expresión de la naturaleza es poco corriente, pudiendo extrañar a primera vista. No obstante, señala con precisión en qué se fundamenta la tarea del maestro, considerando desde una antropología naturalista, que la educación y el desarrollo se equiparan o identifican mutuamente. El padre de la moderna psicología en Europa, Jean-Jacques Rousseau, articula esta posición de manera clásica, en una carta fechada el 10 de septiembre de 1763 enviada al Príncipe de Württemberg, quien se había dirigido a él solicitándole consejos para elegir una maestra para su hija. Tras haber aludido

Rousseau a la importancia de una buena elección, subrayando su propia competencia en tal cuestión, enumera una serie de criterios que ha de cumplir un buen maestro:

- 1). Debe ser del mismo sexo que su estudiante (en nuestro caso, debe ser una mujer)
- 2). No debe ser joven ni, sobre todo, guapa
- 3). Mejor una viuda que una soltera
- 4). No debe poseer sentimientos elevados y menos alta cultura
- 5). Debe ser ordenada, y principalmente, dar prioridad a sus propios intereses
- 6). No debe ser demasiado vivaracha, en modo alguno una atolondrada
- 7). Es preferible que sea distanciada y desinteresada, y que tenga un carácter frío, más que brillante
- 8). No debe contar con la menor cultura, lo mejor sería que ni siquiera supiera leer
- 9). La única cualidad espiritual de la que no puede prescindirse es su sinceridad

Esta enumeración resulta paradójica y, a primera vista, podría creerse que Rousseau pretende hacerle una broma al Príncipe. Ahora bien, si se relacionan con su legítima motivación estas directivas prácticas, es decir, con la teoría pedagógica que las sustenta, entonces no solo se muestran en todo punto, coherentes y consecuentes, sino incluso, convincentes. La tesis antropológica fundamental de Rousseau, según la cual el niño es bueno por naturaleza y tan solo se corrompe bajo la influencia perniciosa de la civilización o de la sociedad, le permite distinguir, como es sabido, tres maestros que

educan: la naturaleza, los seres humanos y las cosas.

Mientras que la naturaleza desarrolla buenas cualidades y energías, las cosas educan mediante la experiencia que con ellas se hacen, los seres humanos, como educadores o maestros, resultarían en extremo problemáticos. Al parecer, el logro de la formación depende de la mutua conformidad de estos tres maestros. Ahora bien, dado que nadie tiene en sus manos educar mediante la naturaleza, y la educación por las cosas, únicamente se puede influir condicionada e indirectamente, todo depende de que se seleccione al educador y al maestro de manera que estén dispuestas y sean capaces de supeditarse a la naturaleza y a las cosas.

El programa educacional de Rousseau tiende a que el estudiante aprenda lo menos posible mediante palabras y libros, y lo más posible, por medio de la propia experiencia, condición que es también decisiva en la educación de adultos, como lo califica la andragogía. La tarea del maestro será así, mas bien, indirecta, consistiendo ante todo en establecer, en cada fase, en cada situación, la armonía entre deseos y cualidades, entre querer y poder; que es lo único que otorga aquel equilibrio natural consigo mismo y el entorno al que Rousseau califica de felicidad.

El maestro y educador lo es, en la medida en que se convierta en auxiliar de la naturaleza, que observe y estudie a fondo las necesidades de aprendizaje y desarrollo naturales del estudiante, para que disponga y prepare las cosas en su entorno de manera que, en cada momento, mutuamente goce la dicha del presente y avance en su desarrollo natural. Los criterios que Rousseau dirigió al Príncipe de Württemberg para

elegir un buen maestro, se comprenden fácilmente si se toma como base lo dicho, pues no es cuestión de un maestro con una fuerte personalidad, mas bien, de uno que ni siquiera piense en la pretensión de educar e influenciar directamente, sino que desde el comienzo se considere como auxiliar de la naturaleza del estudiante, que por sí misma se impone.

Esta exigencia fundamental de Rousseau de no educar directamente fue convertida por Ellen Key, en los comienzos del Movimiento de la Reforma Pedagógica, mediante el siguiente concepto: “Dejarse ayudar con la tranquilidad y lentitud de la naturaleza, y ver solo que las condiciones del entorno apoyen la labor de la naturaleza, esto es la educación”. Por otro lado, a Ellen Key le parecía un auténtico crimen pedagógico no dejar al niño en paz, sino molestarlo, con mandatos, obligaciones y exigencias de aprendizaje. Todas estas citas proceden del Siglo del Niño, título de su sensacional libro aparecido en 1900 en Estocolmo.

En la misma tónica de Rousseau, María Montessori (1928) elevó esta educación indirecta a la categoría de método y creó un gran sistema de materiales didácticos, con que la personalidad del maestro pasa claramente a un plano secundario: este ha de observar y aguardar, pero en modo alguno intervenir, debe mantenerse siempre en pasividad, pues en la Escuela de Montessori, el entorno mismo educa al estudiante.

En el mismo orden de ideas, Berihold Otto (1913) representa la Pedagogía naturalista alemana, haciendo énfasis también en el valor de la individualidad infantil y la libertad en la educación. Sus dos ideas fundamentales son la “enseñanza global” y la educación en “idioma infantil”,

en la que el lenguaje de los niños debe ser estudiado y clasificado conforme a su edad y la enseñanza debe darse en él para llegar, poco a poco, al lenguaje normal y correcto, la instrucción debe realizarse, no por materias separadas, sino en temas globales, determinados por el maestro y sus alumnos.

En el movimiento antiautoritario que se extendió en Alemania después de 1968 con el nombre de “Kinderladen” o guardería, los principios fundamentales iniciales eran: la mayor reserva posible por parte de los adultos, la autorregulación de los grupos de estudiantes, crítica y resistencia frente a las ideas educacionales de los adultos y la estructuración de formas de comportamiento social basadas en el encuentro real con otros y la diaria confrontación con sus justificadas necesidades e intereses. Tal es el lema antiautoritario de Alexander S. Neill (1969), que le permite afirmar la idea final de la liberación del niño.

Para concluir esta parte del presente artículo, solo resta invocar las necesidades e intereses naturales de cada estudiante individual y esta apelación a lo individual adquiere, luego, su legitimación pedagógica muy a menudo, conscientemente o no, en el modelo rousseauiano del desarrollo del ser humano como un proceso de despliegue, necesaria y regularmente inevitable, que se corresponde con la idea natural de la semilla y la planta.

Como agente de la sociedad

Una imagen completamente distinta del maestro lo muestra, no como auxiliar del nacimiento del desarrollo individual, sino al revés, como abogado de exigencias supraindividuales. En primer plano, se encuentran las, así llamadas, exigencias

y requerimientos sociales, trátase de las de la sociedad dada, de la futura o de otra ideológicamente propuesta y no las necesidades e intereses del individuo.

La historia señala que los primeros maestros profesionales de Occidente, que impartían una enseñanza colectiva, fueron, como es sabido, los sofistas y conquistaron este estatus profesional justamente en el período de transición a la forma democrática de gobierno. Se presentaban en Atenas, hacían una oferta de enseñanza y, a cambio de una paga adecuada, proporcionaban a sus discípulos conocimientos y habilidades de utilidad social y política. En sus anuncios, prometían progresos diarios en las enseñanzas, en relación con las cuestiones domésticas, lo mismo que con las estatales.

La opinión que tenían del aprendizaje y la instrucción se basaba en una noción pragmático-utilitaria de formación adecuada a las circunstancias políticas y sociales, es así como preparaban comerciantes, negociantes, abogados, políticos, diplomáticos y les enseñaban a expresarse fluida y convincentemente, a invertir las opiniones opuestas conforme a sus propios intereses, a mostrar las debilidades de los adversarios, a despertar hacia sí mismos la administración pública, merced a la gracia y elegancia de su discurso. Para esto, derivaban su competencia de los estudios especializados, como la matemática, la gramática, la retórica, la política, las ciencias sociales y de su familiaridad con las cualificaciones exigidas para el éxito social-político.

Es solo a partir de Emile Durkheim (1975), uno de los padres de la moderna sociología en Europa, de acuerdo con lo expuesto por Maurice Debesse, cuando se encuentra la

definida prefijación de la educación en su función socializante, de la que forzosamente se deriva la imagen del maestro como agente de la sociedad. Durkheim hace una división entre el ser individual del ser humano, que se refiere a los acontecimientos de la vida personal y el ser social, es decir, un sistema de ideas, sentimientos y hábitos que no constituyen expresión de la personalidad, sino del grupo o de los diferentes grupos a los que se pertenece.

En este campo se cuentan convicciones religiosas, principios y prácticas éticas, tradiciones nacionales y profesionales, opiniones colectivas de toda índole. Como meta de la educación se considera, pues, crear en cada una de las personas ese ser social. Para Durkheim, la educación consiste en una sistemática socialización de la joven generación y la acción que ejerce la generación adulta sobre aquellos que todavía no están maduros para la vida social. Es crear y desarrollar en el niño determinadas características físicas, intelectuales y éticas, que de él se exigen, tanto por parte de la sociedad, como por el entorno especial para el que, de manera especial, está predestinado.

Por otra parte, a pesar de que Augusto Comte, fundador del positivismo, según Burk (1985), hace posible la moderna sociología determinando la meta de la investigación científica en la proposición de leyes generales, con un necesario abandono de lo individual y especial, no obstante, de esta perspectiva sociológica como consecuencia, se desprende la tarea de la educación y la escuela, no como despliegue de la individualidad del estudiante, sino al revés, como una impregnación de valores, normas y modelos de comportamiento,

conocimientos y habilidades, orientaciones y motivaciones, cualidades y competencias, que hacen al individuo capaz de intervenir socialmente y a la sociedad capaz de funcionar como tal.

Es claro que esta perspectiva históricamente ocupa un primer plano siempre que el ser humano, partiendo de una antropología socialista, sea entendido como mera obra de la sociedad. Para Marx, de su gran obra *El Capital* editada en Londres en 1867, la determinación esencial del ser humano radica en su capacidad de producir por sí mismo las condiciones de su propia vida, es decir, en el trabajo, por lo que para cualquier pedagogía marxista se deriva, en consecuencia, una identificación de la educación, de la socialización y la comprensión del maestro como un agente de dicha socialización.

No obstante, esta imagen del maestro, de ninguna manera se limita al círculo del pensamiento marxista, sino que se encuentra en todas aquellas posiciones en las que una determinada sociedad es sublimada ideológicamente como sociedad cuasi perfecta. Ejemplos al respecto se encuentran abundantemente en todas las formas de sistemas totalitarios como el fascismo y el socialismo.

La reciente historia alemana hace visible, de manera impresionante, esta funcionalización política del maestro. La pedagogía política o, mejor dicho, politizada del nacional-socialismo, en modo alguno se proponía manejar al nuevo maestro desde posiciones pedagógicas, sino políticas.

En el Nuevo Reich, nueva forma del imperio o gobierno alemán, han terminado las tentativas de movilizar al maestro

por motivaciones pedagógicas. Resulta sencillamente imposible ignorar que el maestro, a partir de ahora, tan solo puede ser puesto en movimiento por razones políticas. La educación practicada en la República Democrática Alemana y que tiende a una acción consciente en pro del socialismo y el comunismo, considera al maestro, en primer término, como decisivo participante del progreso social. El maestro debe realizar la totalidad de su labor pedagógica sobre la base de convicciones científicas, partiendo de las exigencias objetivas del progresivo desarrollo social.

En relación con la imagen del maestro, interesa que, desde esta perspectiva, su tarea es ante todo contemplada en la planificación y efectividad de su enseñanza y esta se limita, en gran medida, a la transmisión de cualificaciones socialmente necesarias. No podrá sorprender que aquí, a la personalidad del maestro, ya no se le confiere la menor importancia y se convierte en el óptimo organizador de procesos de aprendizaje, léase de cualificación y en ingeniero de socialización, perfectamente aleccionado en el aspecto sociológico.

Como representante de la humanidad realizada

En los últimos años, la polémica contra la excesiva preponderancia de la personalidad del docente hallaba justificación, naturalmente, allí donde se enfocaba contra una teoría del maestro en exceso, pintada por elementos irracionales, en el campo filosófico-existencial y donde, por otro lado, se aludía al peligro de un desmesurado catálogo de virtudes, profesionalmente inespecífico y desmedido, que no guardan estrecha relación con el verdadero sentido

de la praxis educativa. Además, con sobrada razón se puso de manifiesto los problemas, resultados de una identificación del educador “nato” y de la formación adecuada del “no nato”.

Esta polémica tuvo, sin embargo, efectos peligrosos, allí donde tendía a una desvaloración de la personalidad del maestro. Su rehabilitación como persona, es decir, como humanidad realizada, hoy considerada como perentoria, puede invocar una larga y venerable historia. La imagen del maestro correspondiente se hace patente siempre que la educación y la formación del ser humano no son consideradas como obra de la naturaleza o como obra de la sociedad, sino como realización autocreadora del ser humano.

En la antigüedad griega, quien representó una idea de la educación contraria al utilitarismo de los sofistas fue Isócrates, quien, entre otras cosas, estuvo contra la exigencia filosófica de Platón, considerando culto a quien, en cada situación, era capaz de tomar la solución adecuada. Isócrates echaba en cara a los sofistas que su formación, orientada a normas muy generales (sociológicas), fallaba en la praxis de la vida cotidiana, reflexionando que no era posible calcular con exactitud, situación vital alguna de nuestros estudiantes y menos anticiparla en la planificación del futuro. Lo único que se les puede proporcionar, para que se preparen en la vida que tienen ante sí, no son solo reglas y leyes abstractas de la ciencia, sino, ejemplos concretos de existencias vividas.

Por consiguiente, para el autor mencionado, el verdadero maestro es el orador, que merced a sus cualidades retóricas, está en condiciones de conjurar toda la realidad

de la vida y proponer plásticamente, en descripciones ejemplares, todo el polifacetismo de virtudes y vicios humanos. Pero, para él, retórica no es, como lo fue para los sofistas de oficio, una mera técnica profesional, sino que se adecuaba en medida máxima a su responsabilidad pedagógica. Según dice, la prueba de las pruebas del maestro retórico es que emplee estas cualidades, no como mera persuasión y para seducir demagógicamente a sus discípulos, sino para la argumentación histórica ejemplarizadora.

Cualquier intervención planeadora y, principalmente, cualquier intención de ordenación tecnológica, a través de la educación del ser humano, no solo resulta en extremo sospechosa, sino, a la vez, en extremo inhumana. Entonces, la relación educativa, es decir, la relación maestro-estudiante, debe aparecer bajo otra luz. Ya no puede seguir siendo considerada unidimensionalmente, desde la perspectiva del estudiante, y tampoco partiendo solo del maestro. En este marco de transformación educativa, debe tenerse como norte el desarrollo integral del ser humano dentro de una línea bidireccional estudiante-maestro, donde los dos ejes aborden y utilicen variadas formas de información, que impulsen acciones investigativas y comprendan los principios del desarrollo integral, que les permitan convertirse en miembros activos de la sociedad.

La andragogía y el maestro

Complementando lo expuesto en la trilogía del maestro, al definirlo *como auxiliar de la naturaleza, como agente de la sociedad o como representante de una humanidad realizada*, es necesario que se hable del

maestro como andragogo, por lo que haremos una reflexión sobre la andragogía, que aunque estudia la forma de tratar al adulto, la misma guarda similitud con dichas tres aristas.

La *andragogía* es la disciplina que se ocupa de la educación y el aprendizaje del adulto. Etimológicamente, la palabra adulto proviene de la voz latina *adultus*, interpretándose como que “*ha crecido*” luego de la etapa de la adolescencia. El crecimiento biológico del ser humano llega en un momento determinado al alcanzar su máximo desarrollo en sus aspectos fisiológicos, morfológicos y orgánicos; sin embargo, desde el punto de vista psico-social, el crecimiento del ser humano, a diferencia de otras especies, se manifiesta de manera ininterrumpida y permanente, por lo que el aprendizaje se desarrolla durante todo su ciclo de vida.

En la antigüedad, maestros como Sócrates, Platón, Aristóteles no creían en la educación tradicional, sino que utilizaban una excelente metodología, aunque diferente, para transmitir el conocimiento directamente al adulto. Pensaban que la educación real, como un proceso de transmisión del conocimiento y de humanización del individuo, se realizaba dándole al estudiante, la libertad de escoger, investigar y de adaptar los conocimientos.

Se instituyen los fines y propósitos específicos de la educación, como cultivar el intelecto para desarrollar el razonamiento y las destrezas de vida, educar perfeccionando al ser humano que lo oriente hacia lo correcto y aceptable dentro de la sociedad de valores, creencias, transmitir la cultura, costumbres, tradiciones, transformar la vida

de los pueblos y preparar al estudiante para el mundo del trabajo.

El modelo andragógico de Knowles, Holton y Swanson (2005), está basado en función de la experiencia del aprendiz adulto como recurso importante del aprendizaje y su disposición para la misma, a diferencia del modelo pedagógico enfocado a enseñar al niño cuya responsabilidad del proceso enseñanza y aprendizaje es asumida por el docente, dándole al niño un papel pasivo para oír las decisiones y demás contenidos asignados por él.

La andragogía es la ciencia que forma parte de la Antropología y está inmersa en la educación permanente, desarrollándose a través de una praxis fundamentada en los principios de Participación, Horizontalidad y Flexibilidad; cuyo proceso, orientado con características sinérgicas por el facilitador del aprendizaje, permite incrementar el pensamiento, la autogestión, la calidad de vida y la creatividad del participante adulto, proporcionándole una oportunidad para el logro de su auto-realización.

El Andragogo es un facilitador competente en el proceso de transferencia de conocimientos y transferencia de experiencias, que el participante puede aportar. Debe ser un agente de sensibilización, de cambio y de relación, promoviendo la participación activa fundamentada en actitudes positivas de los participantes adultos, quienes son los actores principales en el proceso continuo de aprendizaje, en el cual el facilitador es considerado igualmente un participante.

Parafraseando a Edgar Morin (1999), en el libro los siete saberes necesarios para la educación del futuro, menciona en uno de ellos que es necesario y obligatorio, si se

puede considerar así, que el ser humano se sitúe en el universo y al mismo tiempo se separe de él, debiendo ser conceptualizado como cualquier otro conocimiento. Por lo tanto, la educación deberá mostrar el destino individual, social y global de todos los humanos y su arraigamiento como seres o ciudadanos de la tierra.

En tal sentido, la educación como un instrumento de socialización enseña a respetar las normas de la sociedad, a convivir armónicamente en grupos, a respetar las preferencias religiosas, políticas y de cualquier género y fundamentalmente a respetar el pensamiento y las ideas de los otros, cualquiera que sea su condición o posición en el mundo o en la sociedad.

Desde la óptica de la concepción personal del ser humano, la educación tan solo puede entenderse como la responsable autorrealización de la persona y la relación educativa únicamente como el encuentro siempre pluridimensional de personas, las que se relacionan como representantes de vida vivida, como testigos de valores y como argumentadores.

En este momento, resulta obvio que la imagen del maestro adquiere un peso extraordinario, ciertamente no en el sentido de la virtuosa personalidad del mismo, sino en el sentido eminentemente humano, el de la humanidad ejemplar, en su respectiva condición de único e irrepetible. No basta con dar los contenidos de una asignatura, es necesario que aborde con propiedad nuevos paradigmas, orientados a una educación de calidad. Por lo tanto, es importante resaltar que su imagen no debe ser comprimida a la del solo portador del saber, pues enseñar no es una tarea profesional que exige únicamente preparación científica, por el

contrario, para ser educador se necesita ser amoroso, creativo, estar preparado tanto física como emocional y afectivamente, en fin ser un humano que ama su labor, aunque no sea reconocido y bien remunerado.

Una verdadera preocupación por la salud educativa del país, debe combatir los intereses nada educativos de la educación, que persisten enquistados en el sistema. El estado venezolano tiene la responsabilidad de definir dentro de un proyecto nacional, los lineamientos y las estrategias dirigidas a potenciar la educación como un bien público de trascendencia social, asignándole a la figura del educador el lugar que durante mucho tiempo ha reclamado y que desde el punto de vista operativo, se ha ganado con creces.

Se sabe, que los conceptos primitivos de la educación están impregnados de un gran contenido filosófico y que es necesario aceptar que están vigentes, sin importar que la Revolución Industrial trajo consigo otros

horizontes, contaminando la educación con nuevos contenidos y fines, en el comienzo del siglo XXI que augura o promete mucho progreso, que se fundamenta principalmente en logros técnicos y económicos, pero no en mejores condiciones humanas.

Si se observan con detenimiento las consideraciones expuestas en este artículo, podría deducirse que se quiere volver la rueda del desarrollo científico y abogar por una concepción precientífica del educador. Pero, la realidad es todo lo contrario, ya que no se trata de negar o no valorar los logros de la psicología y la sociología, ni los resultados de una ciencia empírico-realista de la formación educativa, donde el mismo debe ser un especialista científicamente culto. De lo que se trata es que, a través de esta cientificación, no se pierda la dimensión personal, sin la que no puede existir la escuela humana y la educación, que es el desarrollo natural, progresivo y sistemático de todas las facultades del ser humano.

CONCLUSIONES

En relación con la imagen del educador, su tarea es ante todo contemplada en la planificación y efectividad de su enseñanza y esta se limita, en gran medida, a la trasmisión de cualificaciones socialmente necesarias. *Según Pestalozzi (1927), el ser humano puede ser considerado como obra de la naturaleza, como obra de la sociedad o como obra de sí mismo, en concordancia, el maestro se define, respectivamente, como auxiliar de la naturaleza, como agente de la sociedad o como representante de una humanidad realizada, como persona.*

La andragogía es la ciencia que forma parte de la Antropología y está inmersa en la educación permanente, desarrollándose a través de una praxis fundamentada en los principios de Participación, Horizontalidad y Flexibilidad. La andragogía, como un proceso continuo de excelencia, conlleva la misión final, de proveer un mejor nivel de vida personal y laboral del discente como Socio del Aprendizaje. El Andragogo debe ser un agente de sensibilización, de cambio y de relación, promoviendo la participación

activa, fundamentada en actitudes positivas de los participantes adultos.

La andragogía, como estudiosa de la educación formadora del adulto, desempeña un papel importante en el desarrollo integral del maestro, complementándose con la trilogía histórica del mismo y con los grandes adelantos de la sociedad, sin olvidar que la educación es el desarrollo natural, progresivo y sistemático de todas las facultades del ser humano.

La educación deberá mostrar el destino individual, social y global de todos los

humanos y su arraigamiento como seres o ciudadanos de la tierra. La imagen del maestro adquiere un peso extraordinario, ciertamente no en el sentido de la virtuosa personalidad del maestro, sino en el sentido eminentemente humano, el de la humanidad ejemplar, en su respectiva condición de único e irrepetible.

El estado venezolano tiene la responsabilidad de definir dentro de un proyecto nacional, los lineamientos y las estrategias dirigidas a potenciar la educación como un bien público de trascendencia social, asignándole al educador, su verdadero valor.

DOCUMENTOS

Pestalozzi, J.E. (1927). *Canto del cisne*. Madrid: Editorial de la Lectura.

REFERENCIAS

- Bohm, W. (2006). La “imagen” del maestro en el correr de la historia. *Revista EDUCERE*, (32), 181-188.
- Bohm, W., y Schiefelbein, E. (1995). *Repensar la educación*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Burk, I. (1985). *Filosofía*. Caracas: Ediciones Insula.
- Díaz González, I. (1986). *Pestalozzi y las bases de la educación moderna*. México: Ediciones El Caballito.
- Durkheim, É. (1975). *Educación y sociología* (Prefacio por Maurice Debesse). Barcelona: Ediciones Península, S.A.
- Knowles, M., Elwood, F., Holton, III., y Swanson, R. (2005). *Andragogía: El Aprendizaje de los Adultos*. México: Alfaomega.
- Morin, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para una educación del futuro*. UNESCO. París.